

LOS VALORES Y LA FAMILIA

María Pliego Ballesteros

Introducción

Mons. Escrivá –con espíritu fundacional– imprimió al Opus Dei una característica esencial: ser a la vez familia y milicia. La Obra de Dios refleja un chispazo divino. Dios Uno y Trino, es Familia –en la que hay Paternidad, Filiación y Amor–. Dada la dignidad de la persona humana –imagen y semejanza de su Creador–, vivir su relación intrafamiliar es una faceta de la llamada universal a la santidad, siguiendo la Causa Ejemplar de la Trinidad Beatísima.

El Beato Josemaría tuvo siempre en alta estima a la familia. Dios fue generoso con él, al darle unos padres y unos hermanos con quienes aprendió a vivir los valores familiares en alto grado de calidad humana y sobrenatural, mismos que imprimió en el ambiente de familia que siempre supo crear a su derredor.

En su catequesis por diferentes países se refirió numerosas veces al derecho y al deber de los padres de familia como primeros educadores. En las iniciativas que impulsó en los cinco continentes para fundar centros educativos de distintos tipos y niveles, siempre enseñó que lo más importante son los padres de familia; en segundo lugar, los profesores, y en tercer lugar los alumnos.

Los fines de la educación han de ser valiosos. La Teleología pedagógica ha de converger con la Axiología. Asimismo los objetivos y los contenidos educativos, si han de contribuir a la perfección del educando, tendrán que valer para plenificarlo.

Si partimos de una visión metafísica de la axiología, en donde ser y valor convergen –todo lo que es, por el hecho de ser, vale– nos colocamos en una posición objetiva, en la que los grados del ser marcan la pauta a los grados de valor.

Así como Dios se define metafísicamente como el *Esse Ipse subsistens*, se puede inferir también que Él es el Valor de los valores. Pero teológicamente nos enriquece saber que Dios se autodefine en las Sagradas Escrituras como Amor (*Deus caritas est. 1 Jn. 4, 8*). Antropológicamente, podríamos utilizar como sinónimos los verbos estimar, valorar y amar. El Ser más amable es Dios. Descubrir que el sentido de nuestra vida es amarle sobre todas las cosas, es encontrar el propio valor a la existencia humana.

Los trascendentales del ser: verdad, bien y belleza, son unificados en nuestra vida por el amor. “–¡No hay más amor que el Amor!” (*Camino 417*). El objeto de la inteligencia es la Verdad..., no una ni muchos millones, sino la Verdad infinita; la voluntad está asimismo proyectada no a innumerables bienes, sino al Bien supremo.

Nuestra personalidad tiende a descansar en la contemplación gozosa de la Belleza inmarcesible, el *Esplendor del Ser*.

Luego la educación familiar ha de tender puentes con la educación escolar y la educación ambiental para que –¡todos a una!– creen el ambiente propicio para que el educando –y todos somos sujetos de educación– descubra, contemple y realice obras que lo plenifiquen: verdaderas, buenas y bellas.

“No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte” (Camino 34)

“Fe, alegría, optimismo. – Pero no la sandez de cerrar los ojos a la realidad” (Id. 40)

“Todo lo que se hace por Amor adquiere hermosura y se engrandece” (Id. 429).

1. La educación en la verdad

En los dos primeros puntos de *Camino* citados en el párrafo anterior, Mons. Escrivá sopesa el valor de la verdad, como una adecuación de nuestro entendimiento a la realidad. Subraya la importancia de educar en la verdad –ya que Cristo se autodefine como Verdad– al punto de no temer dar la vida por Ella (o por Cristo).

Es cierto que vivimos tiempos difíciles: la persecución de la Iglesia en nuestro mundo *globalizado*, sigue fructificando en sus mártires. Plantearse actualmente una educación hacia el martirio, podría parecer extremo, si no es que *fanático*. Pero *“quien ama y perdona no puede ser fanático”* (palabras del Beato Josemaría en una tertulia multitudinaria).

Aunque el siglo XX no haya utilizado los leones del circo romano a cuyas fauces fueron a dar tantos mártires del cristianismo primitivo, las torturas físicas y psicológicas –brutales o más sofisticadas–, han seguido teniendo su tiempo y su espacio. Sin embargo, Mons. Escrivá nos las pone más al alcance de lo cotidiano: *“¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! –Piensa, entonces, qué es lo más heroico” (Camino 204).*

“Ser mártires sin morir” es un ideal grandioso y humilde a la vez, puesto que nos libra del peligro de la ostentación.

En el ámbito familiar, la virtud de la sinceridad ocupa un lugar prioritario. Va más allá de la veracidad misma, puesto que implica decir de *motu proprio* toda la verdad, sin esperar a ser cuestionado. Cuando el padre y la madre han sabido crear un clima de confianza y enseñan con su ejemplo y con su palabra el valor de esta virtud, se vive el Proverbio que dice “La justicia y la paz se besan”. Porque tanto la veracidad como la sinceridad son virtudes anejas de la justicia. Una familia y luego una sociedad en las que nadie cree a nadie, es un caldo de cultivo de la desconfianza que acarrea una feroz injusticia, porque humanamente tenemos el deber y el derecho a la verdad. Lo estamos viviendo en todos los niveles.

En cambio la exigencia comprensiva, desde la más tierna infancia, que propicia cauces a la verdad, distinguiendo una mentira caracterológica de un hijo que, dada su emotividad exuberante, exagera la realidad, es diferente a la mentira con frío dolo de otro hijo poco emotivo, y por ello ecuánime, que merecerá trato diferente.

Más tarde, en la adolescencia, en la que por poco emotivo que se sea, generalmente la afectividad se halla a flor de piel, la educación en la verdad exige la base de una

aceptación incondicional del hijo como persona, sobre la que se construye la autoestima y la confianza en sí mismo y en los demás. Es el momento de actuar con el criterio de ser intransigentes con el error, pero transigentes con la persona.

“Sé intransigente en la doctrina y en la conducta. –Pero sé blando en la forma. –Maza de acero poderosa, envuelta en funda acolchada.

–Sé intransigente, pero no seas cerril” (Camino 397).

En la juventud, la sinceridad alcanza profundidad. Vivirla consigo mismo –sin autoengaños ni juegos de conciencia–, con la familia, los maestros, el director espiritual; con los compañeros, amigos y durante el noviazgo, equivale a poner los pilotes de la madurez, cara a Dios y cara a todos los hombres.

Si partimos de que *“El mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia”* (Carta 30–IV–1946 n.43), contagiar a los hijos esa *pasión dominante de dar doctrina*, de proclamar la verdad hacia todos los puntos cardinales, es el eslabón indispensable para perseverar en la formación doctrinal y científica propia, de manera que la podamos seguir comunicando hasta el fin de nuestro paso por la tierra.

2. La educación en el bien

Vivimos rodeados de un relativismo moral, de un subjetivismo a ultranza, de un sentimentalismo que pretende cohonestar las bajezas humanas parapetándolas en un mal llamado “amor”, que lo justifica todo. Mons. Escrivá vivió y enseñó a estar vigilantes para lograr tener una conciencia moral recta, verdadera, cierta y delicada, formada a la luz de la ley moral, norma objetiva y universal.

Hay que beber en fuentes sanas y frescas: formar la conciencia implica mucha ciencia, estudio, “buen olfato” para detectar el mal olor contrario al *bonus odor Christi*. Si una persona ve de todo, lee de todo y hace caso de todo, acaba sin criterio, sin fundamentos para distinguir entre el bien y el mal. *“Lo que chocaba la primera vez que se leía u oía, la segunda llama menos la atención, no parece tan absurdo. Así, progresivamente, llega un día en el que el sentido moral está prácticamente embotado, incapaz de reaccionar, anulado por completo”* (Carta 30–IV–1946 n.25).

En otro sitio, deja asentado: *“Libros: no los compres sin aconsejarte de personas cristianas doctas y discretas. –Podrás comprar una cosa inútil o perjudicial.*

¡Cuántas veces creen llevar bajo el brazo un libro... y llevan una carga de basura!” (Camino 339).

En varias tertulias filmadas, habla de quien entrara a la farmacia y que no sólo se le antojara sino que tomara varias píldoras de colores hermosos: ¡qué intoxicación, o hasta la misma muerte! Ser selectivos, prudentes y, en este punto como en muchos otros, trabajar en equipo, padres y profesores, puede cimentar los fundamentos de una auténtica moral.

“Educador: el empeño innegable que pones en conocer y practicar el mejor método para que tus alumnos adquieran la ciencia terrena, ponlo también en conocer y practicar la ascética cristiana, que es el único método para que ellos y tú seáis mejores” (Camino 344).

Porque la educación en el bien moral ha de correr al unísono, uniendo a la información sobre lo que es bueno y lo que es malo y por qué, con la lucha ascética, o

ejercicio de las virtudes. No hay una sola de ellas que pueda pasar a la oscuridad o que le restemos importancia.

Todas se sostienen entre sí; todas son indispensables para adquirir la madurez humana y sobrenatural. El Fundador del Opus Dei hacía mucho hincapié en que las virtudes humanas –al alcance de todos– son básicas para que sobre ellas se apoyen –como su nombre lo indica– las virtudes sobrenaturales. Ejemplificaba plásticamente: “*No se puede apalancar con un churro*”. “*No es suficiente que seas sobrio, además de buen cristiano. –Si no corriges las maneras bruscas de tu carácter, si haces incompatibles tu celo y tu ciencia con la buena educación, no entiendo que puedas ser santo (...)*” (Camino 350). “*No pensemos que valdrá de algo nuestra aparente virtud de santos, si no va unida a las corrientes virtudes de cristianos.*

–*Esto sería adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores.*” (Camino 409).

Si recorremos la obra escrita del Beato Josemaría, puedo asegurar que no encontraremos una sola página en la que no se mencione alguna virtud: desde la humildad como base que identifica la virtud auténtica, hasta la caridad que corona la pirámide de virtudes como su reina y soberana, siguiendo a San Pablo (I Cor. 13, 1–13), pasando por la sencillez, la naturalidad, la sinceridad de la que ya hablamos y que tuvo un peso especial en su predicación; la laboriosidad (el trabajo como medio santificador, santificable y santificante), la responsabilidad, el espíritu de servicio, la fidelidad y la lealtad, el optimismo y la alegría, la serenidad y la paciencia; la sobriedad y la pureza (de cuerpo, de intención, de corazón), la generosidad; el silencio ante la acusación injusta por superficialidad o exhibicionismo; la piedad filial, la fraternidad, el desasimiento de los bienes terrenos, el orden, la fe, la esperanza y las cuatro virtudes cardinales de donde se desprenden las ya dichas y muchas más. (Cfr. Camino 667 a 684 y Amigos de Dios n.73 a 93).

3. La educación en la belleza

Mons. Escrivá habló y escribió repetidas veces sobre los “*Hogares luminosos y alegres*” (Es Cristo que pasa n.27) que deben transparentar la belleza y el atractivo del espíritu que Dios le confió. En ocasiones se reduce la educación estética a la visita a los museos, la asistencia a óperas y conciertos..., pero es durante los primeros años de vida en los que nuestros padres colocan las primeras piedras de lo que se transformará en una fina sensibilidad hacia la contemplación, la interpretación y/o la creación de lo bello.

El ambiente de orden, limpieza, alto tono humano que se refleja en el buen gusto para vestir, para poner una mesa que no le falte detalle, incluso en la presentación de los platillos, etc., van formando cuerpo y espíritu –esto es, a la persona humana integral– para que disfrute y haga disfrutar a los demás, de la armonía de la creación.

El Beato Josemaría no impuso jamás sus gustos particulares. Respetó con finura la libertad en lo opinable. Sin embargo, dada su inclinación y gusto natural por la arquitectura, sus dotes de buen observador y, sobre todo, su amor a las cosas pequeñas como piedras de toque del Amor de Dios, supo imprimir a su alrededor un estilo de dignidad, de distinción, de propiedad y de belleza indudable. Su misma expresión oral y

escrita, sencilla, sin rebuscamientos, al alcance de todos los estratos culturales, es una muestra de su amor por la belleza.

La educación familiar en este punto tiende a veces a descuidarse por el consumismo y el activismo de nuestra época. Se acude en demasía a artículos desechables que si bien ahorran tiempo en su limpieza, despilfarran y acostumbran al gusto por lo zafio.

La formación estética va unida al aprecio y valoración de las nobles tareas del hogar. La administración tanto de una casa de familia como la de una institución hospitalaria o turística, tiene en gran estima el cuidado de los detalles de buen gusto, los cuales muchas veces suponen el ejercicio artístico que, a su vez, se basa en el estudio de la tradición, la disciplina y la nota específica de la creatividad.

Conclusión

Una vida sin verdad, bien y belleza, no vale la pena ser vivida: conduce al suicidio, a la drogadicción o a la clínica psiquiátrica.

La educación familiar, para serlo, ha de huir de la ignorancia y de la falsedad; de la corrupción, deshonestidad, vileza, maldad; y de la vulgaridad y la fealdad.

El Amor a Dios, nos une a la Verdad infinita, al Bien supremo y a la Belleza inmarcesible: los cuatro trascendentales del Ser Subsistente, que es nuestro fin natural y sobrenatural.

Los padres de familia que se han planteado vivir su fe hasta sus últimas consecuencias, han de facilitar a sus hijos y a ellos mismos –con repercusiones sociales patentes– hacer vida este punto 279 de *Camino*:

“La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones. –Cuando vivas vida sobrenatural obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen”.

MARÍA PLIEGO. Profesora de Educación Primaria, por la Escuela Nacional de Maestros, México. Maestría en Filosofía por la UNAM, Especialidad en Comunicación y Desarrollo Humano por la Universidad Panamericana. Miembro Fundador del Instituto Panamericano de Ciencias de la Educación, la carrera de Pedagogía, el Diplomado en Filosofía y Pedagogía, las Especialidades en Comunicación Social y de la Maestría en Educación Familiar de la Universidad Panamericana. Colaboradora del Programa “Empresa y Familia”.